

La utopía de la nueva Jerusalén (Ap. 21,1 – 22,5)

Ensayo teológico bíblico espiritual

Claudio Bedriñán¹

1. Motivación del tema

La Biblia cristiana nos presenta dos textos idealizados, uno, ubicado al inicio de la creación y otro, al final: el paraíso y la Jerusalén celestial. Dos narraciones que no existieron ni existirán, sin embargo, la fantasía que despiertan con su simbología pretende ejercer su influencia en nuestra historia aquí y ahora para que podamos elevar nuestras expectativas y visiones de la realidad.

Estos textos son fundamentales para alimentar la constante esperanza de la humanidad. La esperanza es una de las virtudes teologales, es decir, pertenecen a Dios y la comparte con su criatura para mantenerla siempre en alerta, ante el riesgo de que las dificultades de la vida terminen por apagar las ilusiones.

Quiero recorrer el segundo de estos textos, el del final, para contemplar y apreciar el valor que encierra su visión. No pretendo hacer una exégesis detallada ni exhaustiva, sino simplemente un comentario de teología bíblica, buscando explicitar sus alusiones y resonancias para la vida espiritual del creyente.

1 El autor es Doctor y Licenciado en Teología Bíblica por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Actualmente es profesor estable de la Facultad de Teología del Uruguay, impartiendo los cursos de Introducción al Apocalipsis, Exégesis del Apocalipsis, Teología de la Misión en los Evangelios sinópticos e Introducción a la Carta a los Hebreos. claudiobedrinan@gmail.com

Este texto se enmarca en la literatura apocalíptica, que hace de la simbolización su vehículo más apropiado para transmitir la revelación divina. Para eso se emplea un ángel que interpreta lo revelado a un personaje también idealizado que hace de autor. En este libro ese personaje es san Juan, el discípulo más amado por Jesús. Esto induce a pensar que la elaboración de este escrito surge entorno a las comunidades que tienen a este discípulo como referente: ubicadas en la ciudad de Éfeso. Al personaje se le concede tener una visión, y en ella presentar la conclusión a la que el autor llega después de una vida de fe profunda, fruto de la lectura de la Palabra de Dios, la oración, la reflexión, la contemplación y, por qué no también, alguna experiencia mística íntima de unión con la misma divinidad. Esa visión madurada es la que nos propone a la iglesia para sostener y ahondar en la esperanza cristiana.

La totalidad del simbolismo utilizado muestra una gran fantasía no abstracta ni despegada de la realidad o arbitraria, sino inspirada en las imágenes de las profecías canónicas exílicas y postexílicas.

2. Descripción de la Jerusalén que viene de Dios

2.1 Capítulo 21

Es así que, en la sección conclusiva de su obra, Juan nos cuenta:

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar ya no existía más (21,1).

Juan ve cielo y tierra, es decir todo el mundo, “nuevos”. La novedad en el Nuevo Testamento está dada por la participación en la resurrección de Jesucristo. Juan nos presenta un mundo regido por ese acontecimiento que superó todos los límites de la creación con la resurrección. Triunfo definitivo sobre la muerte.

El cielo y la tierra que experimentamos desde la creación del mundo y al que mencionamos anteriormente, ya fueron, ya pasaron, se terminaron. La renovación mesiánica del mundo significa una comunión cara a cara con Dios, como plenitud de la vida vislumbrada en el relato de la creación del Génesis. Se produciría una transformación, no mediante la sustitución de lo viejo por lo nuevo, ni la destrucción total de una catástrofe de dimensiones universales, sino mediante la incorporación de la novedad de Cristo en toda la realidad que la llevará al máximo de bien y excluyendo al mal. Ejemplo de este aniquilamiento de todo lo negativo se afirma con la expresión “el mar ya no existía más”. El ambiente

natural donde residía Leviatán, el monstruo marino del Antiguo Testamento que fue derivando en muchos nombres propios.

Y vi la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo y venía de Dios, preparada como novia embellecida para su esposo (21,2).

Entonces se produce la gran visión de una ciudad como símbolo de la convivencia de los seres humanos. Es santa, o sea, divina porque Dios es Santo. Se la denomina Jerusalén como la capital del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, pero se le añade “nueva”.

Con una frase que suena redundante se dice “bajaba del cielo, venía de Dios”, se trata de un gran don de Dios. Es su regalo, es su obra, el embellecimiento realizado para su Hijo, el Esposo.

Se produce una identificación absoluta, una verdadera fusión, entre la ciudad y la mujer. La ciudad aporta la dimensión social de la convivencia vital y la mujer la relación de amor interpersonal de la pareja. Se describe el preludio de Jerusalén que llega a ser la esposa del Cordero.

La ciudad es santa y la novia embellecida. Dos imágenes fusionadas y enaltecidas, llegada a la plenitud tanto por sus valores divinos y estéticos. La imagen cobra un valor insuperable.

Se motiva a la asamblea litúrgica para que siga embelleciéndose mediante su fidelidad a Jesús y confiando en Dios que se encuentra siempre presente en la historia.

A este óptimo nivel alcanzado, el pueblo no sólo está dedicado a Cristo como una novia, sino que se llega a esa paridad recíproca plena entre iguales, propia del matrimonio: la “novia” se convierte en “esposa”.

Y oí una potente voz desde el trono que decía: «¡Esta es la morada de Dios entre los hombres! Él habitará entre ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos (21,3).

Ahora Juan oye una voz potente, en el sentido de la potencia de Dios, que no sólo es de un sonido elevado. Diríamos que Juan oye una voz importante, porque es importante lo que va a mencionar: la alianza. Se trata de un sintagma característico que se formula de diversas maneras en la Biblia. Todas afirman lo esencial: que Dios es el Dios del pueblo y el pueblo es el pueblo de Dios. Los dos miembros integrantes del pacto de amor que atraviesa toda la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento.

La morada de Dios entre los hombres nos remite a la tienda del encuentro en el desierto del Sinaí. El pueblo fue aprendiendo a descubrir a Dios en medio de la vida cotidiana. Esa presencia se hizo plena en la encarnación de Jesús: Dios y el hombre se volvieron uno en Jesús. El diálogo se hizo explícito en su carne, porque Él es la Palabra de Dios.

Retomando, para designar al pueblo de Dios, el símbolo de Jerusalén, el autor del Apocalipsis lleva a un nivel máximo de desarrollo la idealización ya presente en los profetas “Tercer” Isaías y en Ezequiel.

El consuelo que produce sabernos viviendo la relación de alianza con la presencia cercana y al mismo nivel de Dios es muy esperanzador. Se terminan las relaciones dispares: siervo-señor; esclavo-libre; etc. La dignidad humana en acto, para todos, según la ideó Dios mismo.

Él secará toda lágrima de sus ojos y ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ya pasó (21,4).

Se termina todo lo que causa sufrimiento al ser humano: las lágrimas, la muerte, el luto, el llanto y el dolor es una buena síntesis de la experiencia agobiante de este mundo, como reza la Salve: “este valle de lágrimas”. A Juan se le concede ver que todo esto finalizó.

Se llega así a la máxima realización de la alianza, con la superación de todo tipo de mal.

Vale por todos los textos bíblicos y nuestra experiencia, lo que dijo Jeremías: «Tú les dirás esta palabra: “¡Que mis ojos derramen lágrimas noche y día sin descanso! Porque la virgen hija de mi pueblo ha sufrido una gran tragedia, una herida incurable [...]” Por tu honor, Señor, no desprecies ni deshonres el trono de tu Gloria. Recuerda, no rompas tu alianza con nosotros...» (Jer 14,17.21).

Pensemos en las diferentes lágrimas vertidas por la humanidad desde el origen del mundo. Un gran río de sufrimiento clamando al cielo. Podríamos imaginarlo en las dimensiones y características del Mar Muerto, por lo grande y por la salinidad, respectivamente. La vida no tiene ya obstáculos para desarrollarse. Se realiza el sueño de la liberación de todas las ataduras que aspiramos cuando estamos aprisionados en ellas.

Y dijo el que estaba sentado en el trono: «¡Yo hago nuevas todas las cosas!». –Luego dijo: «Escribe que estas palabras son dignas de crédito y verdaderas»– (21,5).

Resaltan algunas calificaciones del pueblo de Dios como se realizarán a nivel escatológico. El pueblo-Jerusalén resulta como la potenciación máxima del bien

después de la destrucción del mal, potenciación a la cual el pueblo de Dios ha dado también su contribución activa.

Dijo el Padre, que es quien está sentado en el trono gobernando su obra creadora desde el primer instante de existencia, que hace ahora nueva todas las cosas. Las vuelve a hacer como las hizo en un principio, pero ahora con la novedad que significa el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado. Le agrega esa novedad del Cristo resucitado a su creación. Después nos confirma a quienes celebramos nuestra fe en Él, que tengamos la certeza de la veracidad de sus palabras y que deben quedar por escrito para perdurar.

Me dijo también: «¡Ya está hecho! Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed, yo le daré gratis del manantial del agua de la vida (21,6).

La expresión “ya está hecho” es una acción concluida. Nos recuerda la misma acción cuando cae condenada Babilonia. Es decir, Juan escucha que tanto la condenación como la salvación ya no hay que seguir esperándola, sino que acontecieron. Luego se presenta Jesús, como revelación del Padre, con una expresión polar en la que mencionando los extremos de una serie señala el dominio divino en toda la extensión de tiempo sin lagunas ni saltos, sino permanente. Los sedientos, o necesitados de colmar una de las necesidades básicas de la vida, podrán saciarse de una fuente inagotable. No se trata de un vasito de agua sino de un manantial abundante de agua viva. El agua de por sí genera vida, pero esta está potenciada al máximo de vitalidad.

El vencedor heredará estos bienes y yo seré su Dios y él será mi hijo (21,7).

La alianza es tan importante que vuelve a mencionarse en una variante del sintagma anterior. La herencia o las bendiciones prometidas en el día de la estipulación del pacto se le otorgan al vencedor. Al que fue y se mantuvo fiel. La fidelidad perseverante es la que se premia. No basta con ser fiel en un determinado momento de la vida, sino de perdurar en esa fidelidad, dándole cauce a los impulsos del Espíritu Santo en la vida de cada uno.

Pero los cobardes, incrédulos, depravados, asesinos, lujuriosos, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago ardiente de fuego y azufre, que es la segunda muerte» (21,8).

Todas las personas que se aliaron a la convivencia corrupta simbolizada en Babilonia, quedan excluidas por propia decisión de la suerte de la Jerusalén celestial. Es de destacar que no importa a qué grupo de personas se pertenezca: cobar-

des, incrédulos, depravados, asesinos, lujuriosos, hechiceros o idólatras, sino que todos ellos tienen en común que viven en la mentira. No que dicen mentiras, no se trata de una acción verbal, sino que llevan una existencia engañosa. La mentira se manifiesta como oposición a la verdad que se identifica, sobre todo en la literatura jónica, con Jesucristo: la Verdad.

Para todos los excluidos, por decisión propia, terminarán en el lago ardiente de fuego y azufre. Las reminiscencias bíblicas a la destrucción de Sodoma y Gomorra por su libertinaje son patentes. Las muertes se producen más bien por asfixia. Es una imagen brutal e irreversible de la condenación perpetua.

Después vino uno de los siete ángeles que habían tenido las siete copas llenas de las siete últimas plagas y me habló, diciendo: «¡Ven! Te mostraré a la novia, a la esposa del Cordero» (21,9).

Uno de los ángeles mencionados anteriormente con motivo de las plagas retoma la presentación idílica de la novia, que en esta parte final, se convierte en la esposa de Jesús, Cordero. Llega a su punto culminante el desarrollo del signo de la mujer de Ap 12, con los cuidados amorosos de parte de Dios. Quien la había vestido con su sol, con una corona de doce estrellas, con la luna bajo sus pies y la protegió durante la peregrinación por el desierto ante los embates del Dragón.

Mirando desde el punto de llegada el camino recorrido, el pueblo escatológico vuelve a mirar su historia: Israel, los doce apóstoles, toda la secuencia superada en el desarrollo de la salvación.

La situación del pueblo de Dios se determina después: en este clima de reciprocidad pareja con Cristo “cordero”, el pueblo experimenta una presencia en paridad de condición, un contacto directo e inmediato con Dios, con todo lo que tiene de positivo.

Y me transportó en espíritu sobre un monte grande y elevado, y me mostró la Ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo y venía de Dios resplandeciente de gloria divina. Su resplandor era como el de una piedra muy preciosa, como piedra de jaspe cristalino (21,10-11).

Para una adecuada participación de todo esto, el autor siente la necesidad de un contacto renovado con el Espíritu.

El contacto con el Espíritu se hace particularmente necesario en los momentos significativos del Ap. Es Él quien permite a Juan la contemplación del misterio del Padre y del Hijo. Por segunda vez en pocos versículos, se repite la visión de la ciudad santa Jerusalén que bajaba del cielo de junto a Dios. Antes,

se la describía como una novia resplandeciente de belleza para su esposo; ahora, resplandeciente de gloria divina y se nos ayuda a darle sentido a la visión: era como una piedra preciosa de jaspe transparente. La ciudad está brillando con la luz de Cristo mismo.

Es una indicación para el grupo de oyentes “protagonista” de la experiencia apocalíptica: para gustar y para proyectar en su presente la luz de la Jerusalén celestial, tiene necesidad de un contacto particular con el Espíritu.

Si Babilonia estaba en el desierto, Juan debe subir a un monte alto para poder contemplar Jerusalén. Según el lenguaje bíblico, debe entrar en un “espíritu de plegaria”. Los esplendores de Jerusalén no son axiomáticos para quien los mira desde aquí abajo.

Jerusalén no brilla con luz propia: su esplendor no arranca de sí misma, sino que refleja la gloria de Dios. Mientras que en su vanidad Babilonia exaltaba la propia belleza, Jerusalén en su humildad es consciente de recibir su esplendor de la luz del Esposo, por quien es habitada.

La Iglesia no es bella por sí misma, sino porque en ella habita la presencia de Dios. Por esto, por su capacidad de reflejar la luz, es parangonada a una alhaja. Las puertas de la ciudad están abiertas hacia los cuatro puntos cardinales en sus cuatro lados: es una ciudad universal, abierta hacia todos los pueblos de la tierra, y es distinguida no por sus ejércitos armados, sino por los ángeles, que tienen una función más de acogida que de defensa.

Tenía una muralla grande y elevada, con doce puertas, y doce ángeles sobre las puertas, en las que estaban escritos los nombres de las doce tribus de los hijos Israel (21,12).

No se podía pensar en una ciudad, incluso imaginaria, sin sus murallas. Esparta se enorgullecía de no poseerlas, pero tenía una impresione barrera natural de montañas en el Peloponeso. Así que la Jerusalén celestial también tiene sus murallas grandes y altas, que no dejan a nadie afuera, solo sirven para marcar los límites, aunque totalmente permeables. No son murallas de protección.

Cada puerta lleva encima el nombre de una de las doce tribus de Israel, quizás porque, en cierto sentido, en el pensamiento de Juan todavía parece necesario “hacerse hebreo” para poder entrar en la ciudad santa. Tiene que asumir lo mejor de la experiencia hebrea.

La presencia de los ángeles sobre cada puerta con el nombre de una de las tribus de Israel, rememora la dimensión trascendente de ese pueblo que sigue

siendo el pueblo de la alianza. Si bien, trascendencia e inmanencia se unen en esta convivencia celestial.

Tres puertas miraban al este, tres puertas al norte, tres puertas al sur y tres puertas al oeste (21,13).

Los cuatro puntos cardinales señalan la totalidad del mundo. Una ciudad que teniendo tres puertas para cada lado abarca a toda la humanidad sin distinciones.

Al igual que para ver la miseria de Babilonia era necesaria una intervención angélica que desmitificase sus engaños, así también, para poder vislumbrar la belleza de la ciudad de Dios con los hombres, debemos ser ayudados para poder ver más allá de las apariencias.

La muralla de la Ciudad tenía doce cimientos en los que estaban grabados los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero (21,14).

Las doce puertas con los nombres de cada tribu del Antiguo Testamento, tienen como cimientos a los doce apóstoles del Cordero. Los apóstoles fueron elegidos y enviados a todos los pueblos por Jesús para anunciar su mensaje de salvación, y son el fundamento de nuestra fe por ser testigos del acontecimiento Jesucristo.

El autor del libro ya nos tiene acostumbrados a estas uniones del único pueblo de Dios en sus dos fases del Antiguo y Nuevo Testamento. Anteriormente menciona el cántico de liberación llamándolo de Moisés y del Cordero (cf. Ap 15,3). Una vez más, encontramos en la nueva Jerusalén la presencia conjunta de Israel y de la Iglesia, pues en ella habita el pueblo de Dios antiguo y nuevo.

Las puertas, entonces, tienen grabados los veinticuatro nombres. Llevan la marca de sus nombres. Es muy importante el nombre, comenzando por el de Dios, que es el innumerable y llegando a los carentes de nombre por ser anónimos para la humanidad. Estos nombres sirven para todos.

Finalmente, la ciudad se apoya sobre doce basamentos, que son los apóstoles, para indicar que debe la estabilidad a su fidelidad al mensaje evangélico del que los apóstoles son sus portadores.

El que me hablaba tenía una vara de oro, para medir con ella la Ciudad, sus puertas y su muralla (21,15).

Medir significa valorar tomando conciencia de las dimensiones. En Ap 11, también se mide, pero en esa oportunidad fue para proteger al templo como

lugar de refugio para el pueblo de Dios. Ahora la medición es para sopesar, darse cuenta de lo que vale esta ciudad: su importancia.

Tengamos en cuenta que en la Biblia se da siempre primero un “descenso de Dios” y luego, un “ascenso de los hombres”. Dios siempre toma la iniciativa, desciende al hombre y luego Dios llama al hombre a Sí. De lo contrario, cuando el hombre toma orgullosamente la iniciativa y quiere ascender a Dios nada bueno se avecina. Es la subversión del orden. Por eso cuando se afirma que Dios “baja” hace presagiar que nada bueno va a suceder. Hay acciones como el censo y las mediciones que son legítimas cuando Dios las pide, no así cuando surgen del hombre por cuenta propia, para convalidar sus intereses. Los censos son malos porque sirven para calcular los hombres para la guerra, para cobrar impuestos. Las mediciones para enorgullecerse por las grandes dimensiones. Dios se resiste a ser manipulado.

Así se entiende que la vara con la que se mide sea de oro. El metal y el color que mejor representa a la divinidad desde el punto de vista incluso de los arquetipos. Es una acción querida por Dios.

La Ciudad era cuadrangular, pues su longitud era idéntica a su anchura. Midió la Ciudad con la vara y tenía doce mil estadios de largo, al igual que su ancho y su alto (21,16).

En el pensamiento griego, el cuadrado era sinónimo de armonía y de orden. La nueva Jerusalén es exactamente un cubo, es decir, un cuadrado al cuadrado. Era un modo de decir que en ella todo es armonía y orden. Después de descifrar la imagen tenemos que contemplarla.

Los doce mil estadios que mide son una cifra hiperbólica de perfección, porque el número doce indica siempre perfección y señala que la ciudad es virtualmente infinita en todas sus dimensiones, para poder comprender y abarcar de hecho a toda la humanidad. La base cuadrada de la ciudad indica también su estabilidad. Y el hecho de que sea tan alta como larga indica que su cercanía a los hombres es igual a su proximidad a Dios.

Midió luego la muralla: tenía ciento cuarenta y cuatro codos, según la medida humana utilizada por el ángel (21,17).

Es una ciudad tanto del cielo como de la tierra, tanto espiritual como práctica.

Es obvio que las medidas dadas por Juan no deben ser entendidas en sentido literal, porque la ciudad tendría un lado de 2400 kilómetros, es decir, una super-

ficie semejante a la mitad de Europa, y subiría más allá de la atmósfera y más allá de la cota orbital de muchos satélites.

Se dice que el largo, el ancho y la altitud son iguales. Pero poner juntos largo, ancho y alto, en un contexto digamos cristológico, nos remite con toda probabilidad a un fragmento de la Carta a los cristianos de Éfeso donde san Pablo expresa un augurio: «Que Cristo habite por la fe en sus corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, puedan comprender, con todos los santos, cuál es la amplitud y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, amor que supera todo saber humano. Así serán colmados de la plenitud misma de Dios» (Ef 3,17-19).

En este sentido, una interpretación sugestiva de las dimensiones de la ciudad nos la brinda entusiastamente Ugo Vanni cuando dice que el Esposo – en la lógica de la reciprocidad del amor y de la paridad nupcial – busca una esposa igual a él, porque el número doce mil indica una tridimensionalidad infinita del amor: a lo largo, a lo ancho y a lo profundo.

Los materiales de la muralla eran de jaspe. La Ciudad era de oro puro semejante al cristal purificado (21,18).

Tenemos que imaginarnos a la muralla con engarces de jaspe. La ornamentación tiene que impactar en nuestros sensibles sentidos. La ciudad pertenece a Dios, es de oro puro. Y con una presentación que rompe con la realidad, porque el metal no puede ser de cristal purificado, en una simbolización discontinua, se añade la transparencia del cristal que representa a Cristo.

Sus muros son muy altos: ciento cuarenta y cuatro mil brazas (12 x 12), es decir, cerca de sesenta y cinco metros. Pero no son muros defensivos, porque las puertas de la ciudad están siempre abiertas. Son muros que delimitan, pero que no excluyen; reúnen, pero no encierran; distinguen, pero no separan. Su función es trazar un límite limpio entre lo que es Jerusalén y lo que no lo es. Es una frontera que, sin embargo, permanece absolutamente permeable, de modo que quien lo desee pueda entrar en la ciudad santa.

Los cimientos de la muralla de la Ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas: el primer cimiento era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de ágata, el cuarto de esmeralda, el quinto de ónix, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de ágata, el undécimo de jacinto y el duodécimo de amatista (21,19-20).

Con una intuición sorprendente – inverosímil desde el punto de vista arquitectónico, pero extraordinaria desde el teológico –, Juan ve que las piedras con las que está construida la ciudad son luminosas, es decir, como alhajas.

Debemos dejarnos impresionar indudablemente por un muro de jaspe. Además, como cristianos de los que está construida la Iglesia no son solo piedras vivas, sino alhajas preciosas que reflejan la luz del Cordero.

Para las pequeñas comunidades de las Iglesias de Asia, esto debió ser un mensaje jubiloso, y, en el fondo, lo es también para nosotros, que, como ellos, con frecuencia nos sentimos aplastados por el “Imperio” y vemos negada nuestra humanidad por sus mecanismos.

Al presentar los esplendores de Jerusalén, Juan está diciendo a las siete Iglesias, a nuestras comunidades parroquiales o a otras de cualquier otro tipo, e incluso al que lee esto: “Tú eres una joya; tú eres preciosísimo, puesto que reflejas la luz de Dios”.

La gran variedad de las piedras enumeradas indica la multiplicidad de la Iglesia, la buena y agradable unidad, que no elimina las diferencias, sino que las integra en una gran armonía.

Las doce puertas eran doce perlas, y cada puerta estaba hecha de una sola perla. Y la plaza de la Ciudad era de oro puro, transparente como el cristal (21,21).

Además, el oro de Jerusalén no es como el oro de Babilonia, sucio de sangre, sino más bien un oro puro y cristalino. Su riqueza no nace del tráfico deshonesto o de la especulación, sino de la participación y de la solidaridad.

Con este oro están pavimentadas las plazas y los lugares donde se encuentran los hombres, para indicar que la comunión humana es la gran riqueza de Jerusalén.

Las alhajas de las que está compuesta Jerusalén tienen, además, un significado litúrgico: corresponden a las dos perlas que decoraban el “efod” o el pectoral que revelaba la autoridad del sumo sacerdote y que, además, representaba a las doce tribus de Israel.

Construyendo Jerusalén con las doce piedras, Juan quiere decir que la ciudad está engalanada por el Cordero, sacerdote y rey, que es su ornamento y su corona.

Finalmente, las puertas significan: que cada una de ellas está compuesta por una única perla, que es como decir que las doce puertas son una única puerta repetida doce veces. Nos viene a la mente lo que Cristo dijo: “Yo soy la puerta” (Jn 10,7.9).

Las doce puertas, que son las doce tribus, son también Cristo, verdadera perla de Israel. Desde la más tardía antigüedad, Cristo ha sido parangonado con una perla, alhaja que se forma en el seno de la ostra, como él se formó en el seno de la Virgen María y de Israel (la “mujer” de Ap 12,1-2).

Pero no vi en la Ciudad ningún Templo, pues el Señor Dios todopoderoso y el Cordero son su Templo (21,22).

La ausencia de Templo en la Ciudad santa, significa que ya no se hace más necesaria la realidad de mediación entre Dios y la humanidad. La convivencia es inmediata y en paridad. Todas las realidades que mediaban: el sacerdocio, el templo, la iglesia, los sacrificios no son ya necesarios, sino que sirvieron en la etapa pre escatológica como ayuda para el camino. Una vez llegados a la meta los accesorios transitorios dejan de prestar su utilidad.

Dios Padre y el Cordero son su Templo, el reconocimiento será cara a cara. San Juan nos ayuda en la peregrinación por esta vida marcándonos la meta: «Queridos, ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es» (1Jn 3,2).

El tema teológico de fondo del cual el autor parte y que desarrolla líricamente parece ser: Dios y Cristo templos de los hombres en la fase escatológica.

La historia de la salvación concluye positivamente desaparecidas ya totalmente las tinieblas del mal.

Dios o el *Cordero* estarán directa e inmediatamente presentes en los hombres que constituirán el pueblo de Dios definitivo, la nueva Jerusalén.

Tampoco necesita sol ni luna que la alumbren, ya que la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero (21,23).

La etimología indoeuropea del término Dios es iluminación, luz. Acá cobra todo su sentido literal. El esplendor de su gloria ilumina a través de su Hijo Jesucristo, el Cordero. Ni luz (sol) ni tiempo (luna) que marque las festividades. Sin embargo, la identidad personal de cada miembro de su pueblo se mantiene. La singularidad de cada uno, como obra amada por Dios, es la riqueza más importante de nuestra existencia.

A su luz caminarán las naciones y los reyes de la tierra le ofrecerán su esplendor (21,24).

Supo alimentar esta esperanza siglos atrás el profeta Isaías cuando soñaba: «Las naciones caminarán a tu luz, y los reyes, al resplandor de tu aurora ... Al ver esto te pondrás radiante; tu corazón palpitará con fuerza y se emocionará, porque las riquezas del mar se volcarán sobre ti y los tesoros de las naciones llegarán hasta ti » (Is 60,3.5).

El esplendor de los reyes de la tierra es parte del trabajo humano por conseguir el brillo de la novia, que se la dará, paradójicamente, Dios mismo como don.

No se cerrarán jamás sus puertas al fin del día, porque en ella no habrá noche (21,25).

Las puertas de Jerusalén están siempre abiertas para poder acoger a todos los prófugos de Babilonia. Hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierta y viva que por noventa y nueve que no necesitan conversión (Lc 15).

Y le llevarán el esplendor y el honor de las naciones, pero no entrará en ella nada impuro ni nadie que practique la abominación y la mentira, sino solo los inscritos en el Libro de la vida del Cordero (21,26-27).

La cercanía inmediata será también una comunicación y participación que Dios y Cristo harán de sí mismos; su gloria, su luz iluminará a los hombres. Existirá una irradiación de alcance universal para todos.

Y todos los hombres, renovados y en un ambiente radicalmente nuevo, reaccionarán, casi como restituyendo a Dios y a Cristo, en forma de glorificación y aprecio, su iniciativa de auto-comunicación.

Se formará así un contexto de intercambio ideal entre Dios, Cristo por una parte, y todos los hombres por otra: será el día pleno, sin más rastros de tinieblas nocturnas.

El autor nos dice todo esto en cuanto asamblea litúrgica que oye y discierne. Ella deberá personalizar y aplicar a su vida concreta el cuadro ideal de la Jerusalén que reconoce como su ciudad por excelencia. La “ciudad de Dios”, al decir de san Agustín.

Constituye una meta futura, estrictamente escatológica: pero desde su futuro, proyecta una luz determinante sobre el presente de la historia de la comunidad.

Podrá, gracias a esta luz, reconocer el mal, calificarlo como tal y mantenerse siempre alejada; podrá también afirmarse en el bien, en la perspectiva de la Jerusalén, en la esperanza de haber sido inscrita en el libro de la vida y en el empeño por mantenerse fiel.

Nótese la acentuación marcadamente cristológica. El autor pone con una insistencia literariamente forzada al *Cordero* siempre al mismo nivel funcional de Dios.

2.2 Capítulo 22

Luego el ángel me mostró un río de agua viva, transparente como cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero (22,1).

Después de haber descrito la ciudad desde el exterior, Juan pasa a detallar el interior.

El río que brota del trono es como un torrente que desciende de la montaña.

Los adjetivos “viva” y “reluciente”, referidos a la calidad del agua, indican su borbotear alegre y estruendoso, pero, al mismo tiempo, se dice que esta agua es cristalina, pura y viva porque representa al Espíritu Santo, ofrecido ahora a todas las naciones.

Es lógico que aquí nos referimos al río de agua viva que brota del altar en la visión de Ez 47,1-12.

Pero también es fascinante decir que debajo del altar se recogía la sangre de los mártires: es esa misma sangre que ahora se convierte en agua viva.

Como en la teología joana de la crucifixión, el don del Espíritu surge del sacrificio de Cristo, que está directamente en conexión con el sacrificio de los mártires. Si supieras quién es el que te pide de beber, le dice a la Samaritana, Él te daría un agua que brota para la vida eterna (Jn 4,14).

El único árbol de la vida presente en el Edén se transforma en un gran jardín, un bosque de árboles de la vida que dan frutos “doce meses al año”, es decir, continuamente, para indicar la sobreabundancia de la vitalidad de Dios que se comunica con el Hijo y, a través de él, a nosotros.

Por esta sobreabundancia de vida, las hojas de este árbol curan de cualquier enfermedad a todos los hombres y son ofrecidas gratuitamente a todas las naciones. No son, pues, privilegio de ningún pueblo.

En medio de la plaza de la Ciudad y a orillas del río se halla un árbol de vida que da doce cosechas, una cada mes, cuyas hojas sirven para sanar a la gente (22,2).

La plaza o la calle principal es imaginada en el centro de la ciudad, como en las ciudades romanas, y no en torno a las puertas, como entre los orientales.

El centro de la ciudad es el trono del Cordero y, sorprendentemente, este trono está presentado en un jardín del que brota un río que está rodeado por el florecer del árbol de la vida.

Vemos en esta descripción del jardín una imagen de la nueva economía que se practicará en la nueva ciudad, una economía basada en el don y en la solidaridad antes que en el provecho, cuyos frutos son ofrecidos gratuitamente a todos los hombres.

En esta perspectiva, la sobreabundancia de frutos indica que la nueva economía es la única capaz de resolver el drama del hambre. El hecho de que las hojas curen a las naciones indica que los pueblos, envenenados por la bestia, están “curados” por esta economía de comunión y liberados, por tanto, del influjo imperial. ¡Por más que nos hechiza este planteamiento, no deja de ser un tanto forzado!

El hombre puede así volver al Edén de donde había sido expulsado a causa del pecado, pero no movido por un nostálgico regreso a una mítica plaza de oro, sino, al contrario, para indicar que el proyecto de salvación de Dios ya se ha cumplido finalmente y se ha mejorado, pues la ciudad de Dios, aun conteniendo dentro de sí el Edén, lo supera desde todos los puntos de vista.

Y no habrá allí ninguna maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en la Ciudad, y sus servidores le darán culto, contemplarán su rostro y llevarán su nombre en la frente (22,3-4).

Lo que seremos no se ha manifestado todavía, pero Juan describe el descanso eterno como un continuo culto a Dios. Cara a cara y con la marca que los caracteriza como sus seguidores, que para ese entonces será imborrable e irreversible.

No habrá noche, porque el Señor Dios los alumbrará, por lo que no necesitarán luz de lámparas ni la luz del sol, y reinarán por los siglos de los siglos (22,5).

Finalmente, la ciudad nueva es la ciudad de la luz. Nadie maldecirá en ella, porque todo es bendición y la adoración del Cordero y la contemplación de la belleza del Esposo son constantes. Jerusalén, como una mujer enamorada, tendrá siempre delante de los ojos el rostro del Esposo.

La práctica pastoral que surgió desde la carta encíclica *Novo millenio ineunte* de tener en cada diócesis iglesias en las que se lleve a cabo la adoración eucarística permanente es una actualización de esta imagen.

El nombre o serial sobre la frente – que al principio solo llevaban los ciento cuarenta y cuatro mil – es ahora dado a todos los ciudadanos de la nueva ciudad e indica que su rostro es reflejado en el nuestro, como dijo Cristo: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9). También nosotros podremos decir: “Quien me ha visto a mí, ha visto a Jesús”.

3. Una mirada de conjunto

La “nueva Jerusalén”, pueblo de Dios en su más alta realización escatológica, se cualifica en esta perícopa con seis características unidas entre sí:

- La presencia de la vida divina, abundante, que deriva de la acción de Dios y del Cordero, comunicada a nivel colectivo y social.
- La vida divina así comunicada retoma el concepto de árbol de la vida que se comunica a todos sin interrupciones, se realiza un ampliado nivel ideal del paraíso terrestre.
- En efecto la presencia amigable, aunque intermitente y limitada de Dios en el paraíso terrestre es aquí total, anulando la distinción entre cielo y tierra: el trono de Dios y del Cordero se encuentra precisamente en la ciudad.
- A esta presencia corresponde una nueva relación, un culto adecuado que retoma los elementos válidos del terrestre, aumentados y superándoles todas las limitaciones: los servidores de Dios ven su rostro y le pertenecen totalmente.
- La presencia de Dios, la respuesta cultural de los hombres, se encuadran en el contexto más vasto de la renovación total de la creación ya ocurrida: todo es reino compartido sin fin, todo es irradiación y participación inmediata de Dios. Existe una tensión, una preparación que lleva a la Jerusalén nueva y pasa a través de todo el libro.

Dejémosnos interpelar, motivar y entusiasmar por esta presentación del “modelo terminado” de toda la creación de Dios. Bien vale la pena soñar con los pies sobre la tierra.

Bibliografía de referencia

Aliaga Girbés, E., *El Apocalipsis de san Juan, Lectura teológico-litúrgica*, Verbo Divino, Estella 2013.

Baillet, M., «Description de la Jérusalem nouvelle», *RB* 62 (1955) 222-245.

Dominguez, N., *Ecclesia Christi militans in Apocalypsis visionibus revelata (Apoc 21,9-22,2)*, Manila 1966, 269-286.

Du Rand, J.A., «The imagery of the heavenly Jerusalem (Revelation 21:9-22:5)», *Neotestamentica* 22 (1988) 65-86.

- McIlraith, D.A., *The Reciprocal Love between Christ and the Church in the Apocalypse*, Rome 1989, 246.
- Michael, J.H., «East, North, South, West (Apoc 21,13)», *Expository Times* 49 (1937-38) 141-142.
- Prigent, P., «Une trace de liturgie judeochrétienne dans le ch. 21 de l'Apoc. de Jean», *RecSR* 60 (1972) 165-172.
- Vanni, U., *Apocalisse di Giovanni I* (testo greco articolato, traduzione italiana, annotazioni testuali, linguistiche e letterarie) II (introduzione generale e commento), (Luca Pedroli, ed.), Citadella Editrice, Assisi 2018.
- Wilcox, M., «Tradition and Redaction of Rev 21,9–22,5», en J. Lambrecht, ed., *L'Apocalypse johannique et l'Apocalyptique dans le Nouveau Testament*, Leuven 1980, 205-215.